

## CAPITULO CLXXI.

Algunos antecedentes respecto á la conducta de Napoleón.—Entra su hermano José en España.—Primeros combates.  
Preparativos para la batalla de Bailén.

BASTA conocer el carácter español para convencerse de que el 2 de mayo fué la señal de una guerra á muerte. El sosiego de Madrid aterrado, que permitió enviar á Bayona el resto de la familia real, y que dió osadía á Napoleón para continuar su empresa, fué la tranquilidad que ordinariamente precede á los terribles cataclismos de la naturaleza.

En Bayona, según vimos en el capítulo anterior, después de las conferencias en que los padres de Fernando VII se quejaron amargamente de su hijo, se consumó la mayor de las iniquidades. Obligóse á Fernando el 6 de mayo á renunciar la corona en su padre, el cual, á su vez, el día anterior la había renunciado en Napoleón. Fernando y Carlos renunciaron á los derechos de su dinastía el 10, y nuevamente desde Burdeos, donde estaban en camino de Valencey, lugar señalado para su residencia y la del infante D. Antonio, que añadió su firma á dicho documento.

El Emperador, en cambio, como también digimos, cedía á Fernando y sus descendientes sus haciendas de Navarra, libres de toda hipoteca, y prometía pagarle cuatrocientos mil francos de renta á él y á sus herederos y una pensión de seiscientos mil mientras viviere; estableciéndose las condiciones relativas á los infantes, que habían de observarse con tal que suscribieran al tratado, lo cual verificaron D. Antonio y D. Carlos; el infante D. Francisco no firmó ninguno de aquellos actos, ya fuera por precipitación ó ya por considerarle de menor edad. Así quedó terminada con una ruina común la contienda entre el padre y el hijo, así se reveló la trama concebida por Napoleón cuyos hilos había anudado y reanudado tantas veces. Así cayeron al impulso de la tiranía extranjera y de la impericia y debilidad, las soberanías de Carlos IV, de Fernando VII y de María Luisa de Etruria, pues también ésta, habiendo faltado el Emperador á todas sus anteriores promesas, tuvo que atenerse á la pensión que se le señaló y seguir la suerte de sus padres, suerte bien desgraciada por cierto.

Napoleón renunció su nueva corona el 25 de mayo en su hermano José, rey de Nápoles, que cedió la suya á Murat, y se preparó á tomar posesión de sus nuevos dominios, llevando en la mano la constitución que se figuró hecha en Bayona por una asamblea de notables nombrados por el Emperador. Esta constitución ofrecía un simulacro de libertades políticas y civiles como la imperial de Francia.

Napoleón había conseguido su objeto.

Precisamente todos los pasos que había venido dando hasta entonces, no tuvieron otro objetivo que el que acababa de alcanzar en Bayona.

Algunos párrafos de una de las cartas dirigidas á Fernando nos lo demuestra ya.

«En cuanto á la abdicación de Carlos IV, decía, ha tenido efecto en el momento en que mis ejércitos ocupaban la España, y á los ojos de la Europa y de la posteridad podría parecer que yo he enviado todas esas tropas con el sólo objeto de derribar del trono á mi aliado y á mi amigo. Como soberano vecino debo enterarme de lo ocurrido antes de reconocer esta abdicación. Lo digo á V. A. R., á los españoles, al universo entero; si la abdicación del rey Carlos es espontánea, y no ha sido forzado á ella por la insurrección y motín sucedido en Aranjuez, yo no tengo dificultad en admitirla, y en reconocer á V. A. R. como rey de España. Deseo, pues, conferenciar con V. A. R. sobre este particular.

«La circunspección que de un mes á esta parte he guardado en este asunto debe convencer á V. A. del apoyo que hallará en mí, si jamás sucediese que facciones de cualquiera especie vinieran á inquietarle en su trono. Cuando el rey Carlos me participó los sucesos del mes de octubre próximo pasado, me causaron el mayor sentimiento, y me lisonjeó de haber contribuido por mis instancias al buen éxito del asunto del Escorial. V. A. no está exento de faltas: basta para prueba la carta que me escribió, y que siempre he querido olvidar; siendo rey sabrá cuán sagrados son los derechos del trono: cualquier paso de un príncipe hereditario cerca de un soberano extranjero, es criminal: El matrimonio de una princesa francesa con V. A. R. lo juzgo conforme á los intereses de mis pueblos, y sobre todo, como una circunstancia que me uniría con nuevos vínculos á una casa á quien no tengo sino motivos de alabar desde que subí al trono. V. A. R. debe recelarse de las consecuencias de las conmociones populares; se podrá cometer algún asesinato sobre mis soldados esparcidos, pero no conducirán á la ruina de España. He visto con sentimiento que se han hecho circular en Madrid unas cartas del Capitán general de Cataluña y que se ha procurado exasperar los ánimos. V. A. R. conoce todo lo interior de mi corazón: observará que me hallo combatido por varias ideas que necesitan fijarse; pero puede estar seguro de que en todo caso me conduciré con su persona del mismo modo que lo he hecho con el rey su padre. Está V. A. persuadido de mi deseo de conciliarlo todo, y de encontrar ocasiones de darle pruebas de mi afecto y perfecta estimación. Con lo que ruego á Dios os tenga, hermano mío, en su santa y digna guarda. En Bayona á 16 de abril de 1808.—Napoleón.»

Y como si esto no fuera prueba suficiente, todavía podemos ci-

tar algunos párrafos de las conferencias que había celebrado con Izquierdo, respecto á los cuales dice un historiador de nuestros días refiriéndose á lo manifestado por el mismo Emperador:

«Mi alianza con el padre no me liga en manera alguna con el hijo, que se ha ceñido la corona en medio de un tumulto. Una revolución, cualquiera que ella sea, en el gobierno de un estado, pone en suspenso cuando ménos la obligación de la otra parte contratante, libre no sólo en tales circunstancias de rescindir los pactos onerosos que se hubiere impuesto, sino hasta de negar su reconocimiento al Gobierno ó al Monarca que la revolución ha producido.» Previendo luego lo que podía suceder, brindóse á sostener á Carlos IV en caso de haber sido violentado; pero «si resignado á los sucesos, añadió, prefiero libremente retirarse y abandonar el reino á su heredero, no hay con éste nada que me ligue sino la ley común de las naciones, y quedo en libertad de hacer lo que convenga á mi sistema de política y á mis proyectos contra Inglaterra. De todos modos, con el padre ó con el hijo, tratados nuevos son precisos.»

En otra ocasión, después de conferenciar con Mr. Tournou, único agente francés que, según Mr. Thiers, reprochaba la conquista de España, manifestó el Emperador algo dudoso. Vémosle preguntar á Izquierdo si los españoles le querían como soberano y escribir á Murat una carta en 29 de marzo, en la que revela sus temores y consigna máximas que, por desgracia de todos, no cuidó de aplicar en el momento preciso. «Lo sucedido en Aranjuez, le decía, ha complicado extraordinariamente los acontecimientos; me encuentro en la mayor perplejidad. No creáis atacar á una nación desarmada... La revolución del 20 de marzo prueba que los españoles tienen energía; tenéis que habérselas con un pueblo nuevo, que tiene todo el valor y entusiasmo que se encuentran en hombres á quienes no han gastado las pasiones políticas... La aristocracia y el clero son dueños de España, y si llegan á temer por sus franquicias, provocarán contra nosotros alzamientos en masa que podrán eternizar la guerra. Yo tengo ahí partidarios, pero si me presento como conquistador, los perderé todos... El príncipe de Asturias no posee ninguna de las cualidades necesarias al jefe de una nación, pero esto no impedirá que para oponérnosle se le convierta en héroe... España tiene más de cien mil hombres sobre las armas... Inglaterra no perderá esta ocasión de multiplicar nuestros obstáculos... Mi opinión es que no debemos precipitarnos y que conviene aconsejarse de los acaecimientos... Haced de modo que los españoles no puedan sospechar el partido por que yo me decidiré, cosa no difícil, porque yo mismo lo ignoro... Procurad hacerlos partido... Si llegara á encenderse la guerra estaría todo perdido. La política y las negociaciones son las únicas que deben decidir los destinos de España.»

En 30 de marzo se recibieron en París nuevas comunicaciones de Murat que produjeron la no remisión de la carta anterior, y Napoleón volvió con más fuerza á su resolución primitiva.

En vista de todo lo expuesto, puede comprenderse perfectamente que Napoleón había procedido con entera premeditación, creyendo al fin segura la ocupación del trono de España por uno de los suyos; pero no contó con el pueblo, y éste precisamente fué el que le dió la gran lección.

La primera declaración de guerra partió de la Junta general del Principado de Asturias, la cual envió comisionados á Inglaterra participándole su decisión y pidiéndole ayuda.

Todas las provincias se aprestan, el grito de insurrección se escucha por todas partes, y la ciudad de Leon, y la Coruña, y Santander, y las provincias meridionales, á las cuales había llegado el famoso parte del alcalde de Móstoles (1), todas se pusieron en movimiento.

El día 9 de junio entró José Bonaparte en España, y el 12 peleó en Cabezon el general D. Gregorio de la Cuesta con el mariscal Bessieres.

Los españoles, vencidos en esta acción, volvieron á la carga en Ríoseco el 14 de julio con mayores fuerzas; también fueron derrotados; mas no por eso dejaron las provincias de Galicia y Leon de preparar nuevos soldados y nuevos ejércitos. La parte septentrional de Portugal se sublevó contra Junot, é hizo causa común con los españoles.

Entre tanto se decidía el resultado de esta primera campaña en los campos de Bailén por el general Castaños, Dupont había salido de Toledo para ocupar la Andalucía, país donde había muchas tropas y grandes recursos militares.

Disipó fácilmente en Alcolea algun paisanaje armado, entró en Córdoba y la saqueó.

Pero al ver que marchaba contra él el general D. Francisco Javier Castaños con un ejército numeroso y bien disciplinado, se retiró á Andújar á esperar las divisiones de Vedel y de Gobert que se le enviaban de refuerzo, y su contrario se puso en frente de él en la izquierda del Guadalquivir.

(1) Este famoso documento, expedido por un alcalde de un pueblecillo inmediato á Madrid, decía así: «Madrid parece víctima de la perfidia francesa. Españoles, acudid á salvarle. Mayo 2 de 1808.—El alcalde de Móstoles.»



J. SERRA, LP.

La VIDA, Roma 27.

BATALLA DE TALAVERA.

## CAPITULO CLXXII.

Adelanto de los franceses en España.—Batalla de Talavera.

El 16 de julio atacó la division de Reding el puerto de Menjíbar, y pasó el río para dar valor á los destacamentos españoles que ocupaban la sierra y que habían sorprendido en Lináres un cuerpo francés; despues volvió á la izquierda del río para incorporarse con la division de Coupigny. El general francés Dufourt, sucesor de Gobert, muerto en la accion de Menjíbar, y Vedel, fueron destacados por Dupont á Bailén para guarecer sus espaldas; pero ellos avanzaron hasta la Carolina con el objeto de arrojar á los españoles de la sierra.

Reding volvió á pasar el Guadalquivir el 17, y habiéndose incorporado Coupigny el 18 al amanecer, tomó posicion en Bailén; y cuando se disponia á volver sobre Andújar para coger á Dupont entre dos fuegos, se hallaron con este General resuelto á romper su línea, para lo cual salió de Andújar al anochecer del 18.

A las cuatro de la mañana del 19 comenzó la batalla, que duró hasta cerca de la una.

Los franceses fueron rechazados en todos sus ataques, y cansados, propusieron una suspension de armas que Reding aceptó.

En esto llegaron las divisiones que tenía Castaños enfrente de Andújar y se empezó á tratar de capitulacion.

Vedel, atraído por el cañoneo, marchó hacia Bailén; y habiendo llegado cuando ya estaba hecha la tregua, atacó á un batallon español; pero Dupont, cogido entre dos fuegos, le mandó que cesase las hostilidades.

La capitulacion se firmó; sus artículos principales fueron que los franceses entregasen las armas y fuesen conducidos por mar á Francia.

Esta segunda parte no se cumplió con el pretexto de que los ingleses no quisieron dar pasaportes.

El número de prisioneros fué de diez y ocho mil. Los demas, hasta veintin mil de que constaba el cuerpo de Dupont, perecieron en el combate.

Mostróse, pues, á la Europa que los franceses podían ser vencidos. José y su corte evacuaron á Madrid y se retiraron á la izquierda del Ebro con el cuerpo de Bessieres y el de Monecy, que había sido rechazado en Valencia.

El general Lefebre, que tenía puesto sitio á Zaragoza, ciudad no fortificada y defendida sólo por el valor de Palafox y los pechos aragoneses, se replegó sobre Vitoria despues de haber perdido más de tres mil hombres ante la decidida poblacion.

La causa española se había salvado igualmente que la portuguesa; porque el 5 de agosto desembarcó en la bahía del Mondego un ejército inglés de treinta mil hombres al mando de Sir Arturo Wellesley, despues duque de Wellington; venció el 21 en Vimiero á Junot, y le obligó á capitular la evacuacion de Portugal, siendo él y sus tropas conducidos á un puerto de Francia.

Organizóse un gobierno central en España compuesto de dos individuos de cada una de las Juntas provinciales.

La Junta Central, en lugar de formar la regencia, segun las leyes del reino, ó de convocar las Cortes para que la formasen, resolvió ser ella misma el poder ejecutivo: determinacion poco acertada, pues distribuyó en tantas personas un poder que debía concentrarse, y más contra un enemigo como Napoleon, el cual, en vez de hacer serias reflexiones sobre el suceso de Bailén y la naturaleza de la guerra de España, sólo pensó en vengar aquel desaire de la fortuna, y se preparaba á hacer él mismo en persona la guerra contra un pueblo levantado en masa.

En efecto, el 8 de noviembre pasó el Bidasoa al frente de un poderoso ejército, viéndose obligada la Junta Central, al saber que se aproximaba á Madrid, á trasladarse á Sevilla.

Moore llegó el 16 á la Coruña, y fué acometido por Soult, que mandaba la vanguardia del Emperador; pero defendió sus posiciones hasta perder la vida, y por la noche se embarcó el resto de su division abandonando la ciudad.

Soult ocupó á Galicia, cuyo mando dejó á Ney, y entró en Portugal, de cuya parte septentrional se apoderó, fijando su cuartel general en Oporto.

Entre tanto Napoleon volvió á Francia, adonde le llamaba la guerra de la quinta coalicion.

El mayor daño que le hacía la de España, era haber probado prácticamente á los pueblos europeos, cansados de su despotismo y ambicion, lo que él mismo dijo á los polacos en 1807: *Una nacion que quiere ser libre es invencible.*

El ejército francés del Centro se extendió por Extremadura y por la Mancha. La vanguardia del ejército vencido en Tudela, mandada por el general Venégas, despues de haber derrotado á los franceses en Tarazona en la noche del 24 al 25 de diciembre del año anterior, fué vencida en Uclés el 12 de enero por el mariscal Víctor; y el duque del Infantado, que mandaba todo el ejército, se retiró á las montañas.

Pero las victorias mismas eran contrarias á los franceses por el abuso que hacían de ellas, aumentando con sus depredeaciones y saqueos el odio justísimo que los españoles profesaban á su caudillo.

En esta época comenzaron las partidas de guerrilla, que, favo-

recidas por la poblacion, no dejaban á los franceses más frutos de sus conquistas que la tierra que pisaban.

Detras, delante y á los lados, campos, heredades, aldeas, todo era de la patria.

Ni los castigos, ni las multas, ni la ruina de las propiedades arredraban á los habitantes.

Un frances muerto les compensaba sobradamente de sus pérdidas.

Interceptaban las partidas, los correos, é impedían así los movimientos de los ejércitos; apesaban ó mataban á todo enemigo que se separaba de las filas; atacaban los destacamentos inferiores ó descuidados; huían de los superiores á guaridas seguras y consumían, en fin, lentamente los ejércitos.

¡Qué diferencia de estas campañas á las de Italia ó Alemania, donde la victoria decidía de la suerte de la provincia ó de los estados!

Es incalculable el número de combates parciales, ya prósperos, ya adversos, que se dieron en esta guerra cruel.

Si en las grandes acciones triunfaba, generalmente hablando, la superior táctica de los franceses, como no podía ménos de suceder, dada la inercia y el abandono en que se habían tenido nuestras armas, hasta que el movimiento revolucionario de Francia hizo necesario que se pensase en ellas, en cambio en los combates parciales, en las luchas de peloton, digámoslo así, por lo regular la victoria coronaba los esfuerzos de los españoles.

Todos los triunfos conseguidos por los franceses, todas las derrotas sufridas por los españoles, no abatía, no podía abatir la indómita pujanza de éstos, doblemente excitada por el fervor religioso.

En la guerra de la Independencia encontramos muchos puntos de contacto con la gran epopeya de la Reconquista.

En uno como en otro caso los reveses no debilitaban el entusiasmo de los españoles, y el espíritu religioso, unido al amor patrio, llevóles á realizar empresas tan atrevidas como la de arrojar de España á los árabes, y la de limpiar el suelo español de franceses.

Inglaterra encontróse perfectamente servida con la actitud en que España se había colocado.

En el duelo á muerte que tenía entablado con Francia no podía haber encontrado un palenque mejor que el de nuestro país.

En su consecuencia, lo primero que hizo fué reforzar su ejército de Portugal, á fin de que pudiera secundar los esfuerzos de los españoles.

La Junta Central á su vez, animada con la declaracion de Austria, y segura de que contaba con las simpatías de todas las potencias, inmediatamente dió disposiciones para la formacion de nuevos ejércitos, á fin de oponer fuerzas bastantes á los franceses en Extremadura y en la Mancha, y con esto la guerra entró, si así podemos expresarnos, en una fase nueva.

El día 5 de diciembre de 1808 el general Saint-Cyr tomó á Rosas despues de veintinueve días de asedio, el 16 venció á los españoles en Cardedeu, y llegó á Barcelona, casi bloqueada por los generales Vives y Reding.

En Molins de Rey consiguió otra victoria, que le aseguró la posesion de Cataluña, exceptuando Tarragona.

El 24 de febrero de 1809 fueron vencidos de nuevo en Valls, y cuatro días antes se rindió al mariscal Lannes la inmortal Zaragoza, despues de un sitio en que cada casa de las calles principales del Mediodía de la ciudad y del arrabal fué atacada y defendida como un baluarte. No se entregó sino por la epidemia que aligía á la guarnicion y á los habitantes, habiendo perecido de unos y de otros durante este sitio sobre cincuenta mil personas.

En el Centro, el conde de Cartoajal, comandante del ejército de la Mancha, acometido el 27 de marzo por doce mil franceses á las órdenes del general Sebastiani, se retiró con pérdida á Sierra Morena. D. Gregorio de la Cuesta, que mandaba en Extremadura, despues de algunos choques ventajosos con el enemigo, fué completamente derrotado en Medellín el 28 del mismo por el mariscal Víctor. Grande terror hubo en Sevilla al saber este suceso; pero el general francés no tenía las fuerzas suficientes para pasar Sierra Morena, célebre ya con la ruina de Dupont.

En Portugal y Galicia fué más favorable la fortuna á los aliados. Sir Arturo Wellesley desembarcó en Lisboa con grandes refuerzos ingleses el 22 de abril, y marchó á Coimbra inmediatamente.

Soult, inferior en número, se retiró de Oporto, pasa el Miño, reünesele Ney en Lugo el 29 de mayo, este último es rechazado del puente de San Payo por el conde de Noroña, el 7 y el 8 de junio, y ambos mariscales evacuaron á Galicia, que desde entonces no volvió á ver las águilas francesas.

Arrojado Soult de Portugal, marchó Wellesley á Extremadura, unióse con Cuesta, avanzaron hacia el Tajo siguiendo á Víctor, que se retiraba, y habiendo tomado posesion el 26 de julio en las cercanías de Talavera, fueron atacados el 27 y el 28 por los franceses.

Mas á pesar de la impetuosidad y número de los ataques, no pudieron romper el ejército aliado, y se retiraron del campo de batalla con pérdida de más de siete mil hombres entre muertos y heridos y diez y siete cañones.



SIR ARTURO WELLESLEY, DUQUE DE WELLINGTON

Riera, editor, Barcelona, Robador, 24 y 26.